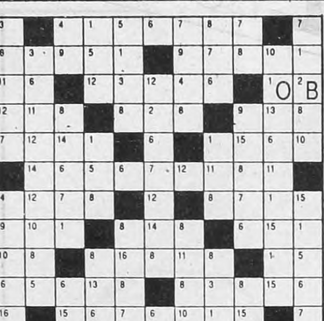
CRUCIGRAMA EN CLAVE

Resuelva el siguiente crucigrama sabiendo que a igual número corresponde igual letra.



SOLUCION MIERCOLES

■	P	R	O	A	■	A	P	E	L	E
P	■	A	G	R	A	N	E	L	E	■
E	L	■	R	E	B	A	S	E	■	T
L	U	G	O	■	O	L	I	V	A	R
E	T	A	■	A	C	O	M	O	D	O
T	E	■	A	N	E	G	O	■	E	N
E	R	U	D	I	T	O	■	A	M	A
R	O	S	A	D	A	■	O	R	A	D
O	■	A	T	A	B	A	S	■	N	A
■	T	R	A	B	A	J	A	D	■	S
F	U	E	R	A	■	O	R	A	L	■

LA HORA DE LA VERDAD

Página/2/3



Verano/12

MANDO

(Por Manuel Vicent) Los pobres solían bautizar a sus perros con nombres de emperadores y sobre ellos ejercían la sed de mando. Muchos jubilados tenían un jilguero. Las viudas de clase media eran reinas absolutas de su gato. La pasión del poder está escrita también en el corazón de los mendigos, los cuales daban órdenes a las ratas. Cualquier miserable colgado del último eslabón de la jerarquía siempre ha encontrado a un ser inferior dispuesto a ceder y hasta ahora los animales domésticos constituían un buen recipiente de la frustración humana, aunque los tiempos han cambiado. No digo que los perros, los jilgueros, los gatos y las ratas se hayan rebelado, sino que han sido sustituidos por otras criaturas aún más sumisas para liberar el afán de dominio que el hombre despide. De pronto a este mono supremo se le ha regalado un mundo de teclas conectadas con los nervios de las máquinas y se siente feliz al verse correspondido por ellas.

No hay perros ni gatos suficientes para saciar la sed de poder de los solitarios humildes, pero si uno quiere mandar hoy lo consigue apretando sencillamente el botón del ventilador y éste obedece. Antes los jubilados sólo podían echar una firma en el brasero. En cambio a esta altura de los tiempos los pordioseros industriales poseen un tablero electrónico donde vierten toda suerte de caprichos. Las viudas de clase media mantienen íntimas confidencias con la lavadora automática, los sacristanes manejan a Dios con un ordenador personal y por otra parte no existe jefe más cruel que un pensionista sentado frente al televisor con un mando a distancia. En la pantalla aparecen reyes, políticos, divos de la canción, intelectuales y comediantes. Al pensionista la vida le ha ofrecido la gran potestad de cambiar de canal. Desde la raída butaca con un simple impulso del dedo borra la existencia de los monarcas, llama a su presencia a los líderes, los fulmina, recobra a los héroes y los vuelve a matar según su arbitrio soberano. Los humildes están satisfechos. Debajo de las máquinas caseras quedan las ratas.

LA HORA

Por Graham Greene

La muerte inminente es como un crimen que uno se avergüenza de confesar a los amigos o a los compañeros de trabajo,y sin embargo permanece el deseo de confiar en alguien, quizás en un extraño a quien encontramos en la calle. Arthur Burton transportaba su secreto de la cocina al comedor y vuelta, igual que llevaba los encargos de los clientes, como había hecho durante tantos años en el restaurante de Kensington llamado Chez Auguste. No tenía nada de francés, excepto el nombre y la carta, en la que los platos ingleses tenían nombre francés, explicados profusamente en inglés bajo cada epígrafe. Una pareja norteamericana había reservado la misma mesa dos veces en una misma semana, una mesa pequeña en una esquina, bajo una ventana; un hombre de unos 60 años y una mujer entrada en los 40, una pareja muy feliz.

Hay clientes que te gustan desde el primer momento, y éstos eran de ésos. Antes de elegir pidieron a Arthur su opinión, y al final de la comida lo felicitaron por su elección. Confiaron en él incluso para el vino, y durante su segunda visita le preguntaron pequeños detalles sobre sí mismo, como si fuera un invitado a quien estuvieran deseosos de conocer mejor.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó el señor Hogminster. Arthur Burton supo su nombre singular cuando llamó por teléfono para la reserva.

—Unos veinte años —contestó Burton—. Cuando empecé se llamaba The Queen's; era diferente.

—¿Mejor en aquel tiempo?

Arthur intentó ser leal. "No diría que mejor. Más sencillo. Los gustos cambian."

—¿Su jefe es francés?

—No, señor, pero creo que ha estado mucho en Francia.

—Nos alegra contar con su ayuda. No conocemos todas esas palabras francesas de la carta.

—Pero también está en inglés, señor.

—Creo que tampoco entendemos esa clase de inglés. Volveremos mañana. Si nos reserva la misma mesa, Arthur, ¿no es ése su nombre? Creo que oí al jefe llamarle Arthur.

—Efectivamente, señor. Me ocuparé de que tengan la misma mesa.

—Y su ayuda, Arthur —dijo la señora Hogminster.

Le emocionó que utilizara su nombre de pila, así como la sonrisa de auténtica amistad que recibió de la señora Hogminster. En todos los años que llevaba como camarero, nunca antes había conocido nada igual.

Arthur Burton tenía por costumbre observar a los clientes superficialmente, sólo por mantener un cierto interés por un trabajo que ya era demasiado tarde para cambiar. Estaba solo en la vida y nada lo estimuló a cambiar, y ahora era consciente de que era demasiado tarde. El crimen de la muerte lo había alcanzado.

A veces, cuando por la noche se iba a casa, si una habitación alquilada y con una ducha compartida podía llamarse casa, recordaba a algunos clientes: clientes casados que parecía que comían juntos sin interés y que observaban con cierta envidia a los que entraban si los recién llegados tenían de qué hablar entre ellos; evidentemente nuevos amantes que no prestaban atención a nadie más; alguna vez una joven recién casada —él siempre miraba la mano izquierda— con mirada de preocupación, acompañada por un hombre mucho mayor. Ella bajaba la voz o incluso dejaba de hablar cuando otros clientes ocupaban la mesa de al lado, y Arthur Burton deseaba haber podido dejar vacía para que se sintieran libres para solventar sus dificultades. Aquella noche, cuando llegó a casa, pensó en el señor y la señora Hogminster. Deseaba haber hablado más con ellos, sentía que podía confiar en ellos como extraños en la calle. Podía al menos haber insinuado el crimen que le separaba del director, el cocinero, los otros camareros, los friegaplatos; sólo insinuarlo. Por supuesto, no le gustaría que se entristecieran.

Al día siguiente llegaron con media hora de retraso sobre la hora de la reserva, y el director quería que diera la mesa a otros clientes que la habían pedido. "No vendrán", dijo el director, "y además hay otras tres mesas para elegir".

"Pero les gusta esta mesa", dijo Arthur Burton, "y prometí que la tendrían". Y añadió: "Son personas agradables". Posiblemente se hubiera visto obligado a ceder si no hubieran llegado en aquel momento.

—Oh, lo siento tanto, Arthur..., llegamos tan tarde... —Le emocionó que ella recordara su nombre—. Fue por las rebajas, Arthur. Nos liamos.

—*Ella* se lió —dijo el señor Hogminster.

—Oh, a ti te tocará mañana.

Arthur les dijo: "Hay restaurantes más cercanos a las tiendas de hombre. Puedo recomendarles uno cerca de Jermyn Street."

—Oh, pero el que adoramos es Chez Agustine.

—Chez Auguste —corrigió el señor Hogminster.

—Y Arthur elige tan bien..., no tenemos que pensar.

Un hombre con un secreto es un hombre muy solitario, y fue un descanso para Arthur Burton cuando pudo dejar entrever un resquicio, aunque sólo fuera una pequeña parte de su secreto. Dijo: "Lo siento, señora, pero mañana no estaré aquí. Pero estoy seguro de que el director..."

—¿No estará aquí? ¡Quelle désastre! ¿Por qué?

—Tengo que ir al hospital.

—Oh, Arthur, lo siento tanto. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Un chequeo, señora.

—Muy bien hecho —dijo el señor Hogminster—. Yo creo en los chequeos.

—Ya se ha hecho cuatro, ¿o son seis? —añadió la señora Hogminster.

—Creo que disfruta con ellos, pero a mí siempre me preocupan. ¿Por qué le hacen el chequeo?

—Ya lo han hecho. Ahora me tienen que dar el resultado.

—Oh, estoy segura de que todo irá bien, Arthur.

—Me alegra que lo hayan pasado bien aquí, señora.

—Así ha sido. Gracias a usted.

Arthur Burton dijo con sinceridad: "Siento tener que decirles adiós".

—Oh, no, aún no. Volveremos el jueves. Mañana seguiremos su consejo y comeremos cerca de las tiendas de hombre, pero volveremos pasado mañana a comer por última vez en Chez Augustine.

—Chez Auguste —la corrigió el señor Hogminster de nuevo, pero ella lo ignoró.

—Nos vamos a Nueva York el viernes, pero lo veremos el jueves con seguridad y escucharemos sus buenas noticias, Arthur. Estoy segura de que serán buenas noticias. Pensaré en usted y cruzaré los dedos; pero estoy segura, totalmente segura.

—Yo me hago un chequeo cada seis meses —dijo el señor Hogminster—. Siempre satisfactorio.

—¿Le gustaría tomar algo en especial el jueves, señora? Puedo pedírselo al cocinero...

—No, no. Tomaremos lo que usted nos recomiende. Hasta entonces, y buena suerte, Arthur.

Arthur Burton sabía que no le esperaba nada bueno. Lo supo incluso antes del chequeo, por las evasivas de su médico. Se preguntaba si un hombre en el banquillo podía saber el veredicto del jurado incluso antes de que se retiraran a deliberar en los tiempos en los que aún existía la pena de muerte: un efluvio de vergüenza por el veredicto que iban a dar. Sin embargo, sentía un cierto descanso porque por fin le había confesado en parte su crimen y ella no lo había rechazado. Si, como él creía, el veredicto era muerte, por mucho que lo envolvieran con una terminología médica de esperanza, ¿podría ser ella el extraño en la calle a quien confesárselo todo? Nunca se volverían a ver. Ella se iba a Nueva York el viernes. No tenían amigos comunes a quien ella pudiera contar la noticia de su crimen. Sintió por ella una ternura antigua.

Aquella noche Arthur Burton soñó con ella. No fue un sueño erótico, tampoco un sueño de amor; fue un sueño muy vulgar en el que ella desempeñaba un papel poco importante, y sin embargo se despertó con una sensación de reposo que no había conocido en muchos meses. Fue como si hubiera hablado con ella y de alguna forma le hubiera expresado una simpatía que le daba valor para enfrentarse a sus enemigos, que estaban a punto de desvelar la vergonzante verdad.

Se había tomado el día libre, aunque su cita con el cirujano no era hasta las cinco de la tarde, y al llegar le hicieron esperar casi una hora. El cirujano le pidió que se sentara en un tono de tan solemne simpatía que pudo adivinar con la suficiente exactitud el dictamen que siguió a continuación. "Hay que operar urgentemente... Sí, cáncer, pero no debe temer la palabra...; he conocido casos tan graves como el suyo. Si se cogen a tiempo siempre hay esperanzas."

Graham Greene, que cumplió recientemente 84 años, es probablemente el más importante de los escritores vivos en lengua inglesa. Afiliado al Partido Comunista durante un mes, convertido al catolicismo a los 22 años, autor de medio centenar de libros que han dado la vuelta al mundo, el autor del relato siguiente es, a la vez, uno de los prototipos del intelectual comprometido e independiente y lúcido. "La hora de la verdad" es uno de los últimos trabajos de Greene.



LA HORA DE LA VERDAD

Por Graham Greene

Graham Greene, que cumplió recientemente 84 años, es probablemente el más importante de los escritores vivos en lengua inglesa. Afiliado al Partido Comunista durante un mes, convertido al catolicismo a los 22 años, autor de medio centenar de libros que han dado la vuelta al mundo, el autor del relato siguiente es, a la vez, uno de los prototipos del intelectual comprometido e independiente y lúcido. "La hora de la verdad" es uno de los últimos trabajos de Greene.

La muerte inminente es como un crimen que uno se avergüenza de confesar a los amigos o a los compañeros de trabajo, y sin embargo permanece el deseo de confiar en alguien, quizás en un extraño a quien encontramos en la calle. Arthur Burton transportaba su secreto de la cocina al comedor y vuelta, igual que llevaba los encargos de los clientes, como había hecho durante tantos años en el restaurante de Kensington llamado Chez Auguste. No tenía nada de francés, excepto el nombre y la carta, en la que los platos ingleses tenían nombre francés, explicados profusamente en inglés bajo cada epígrafe. Una pareja norteamericana había reservado la misma mesa dos veces en una misma semana, una mesa pequeña en una esquina, bajo una ventana; un hombre de unos 60 años y una mujer entrada en los 40, una pareja muy feliz.

Hay clientes que te gustan desde el primer momento, y éstos eran de ésos. Antes de elegir pidieron a Arthur su opinión, y al final de la comida lo felicitaron por su elección. Confiaron en él incluso para el vino, y durante su segunda visita le preguntaron pequeños detalles sobre sí mismo, como si fuera un invitado a quien estuvieran deseosos de conocer mejor.

—¿Lleva mucho tiempo aquí? —preguntó el señor Hogminster. Arthur Burton supo su nombre singular cuando llamó por teléfono para la reserva.

—Unos veinte años —contestó Burton—. Cuando empecé se llamaba The Queen's; era diferente.

—¿Mejor en aquel tiempo?

Arthur intentó ser leal. "No diría que mejor. Más sencillo. Los gustos cambian."

—¿Su jefe es francés?

—No, señor, pero creo que ha estado mucho en Francia.

—Nos alegra contar con su ayuda. No conocemos todas esas palabras francesas de la carta.

—Pero también está en inglés, señor.

—Creo que tampoco entendemos esa clase de inglés. Volveremos mañana. Si nos reserva la misma mesa, Arthur, ¿no es ése su nombre? Creo que oí al jefe llamarle Arthur.

—Efectivamente, señor. Me ocuparé de que tengan la misma mesa.

—Y su ayuda, Arthur —dijo la señora Hogminster.

Le emocionó que utilizara su nombre de pila, así como la sonrisa de auténtica amistad que recibió de la señora Hogminster. En todos los años que llevaba como camarero, nunca antes había conocido nada igual.

Arthur Burton tenía por costumbre observar a los clientes superficialmente, sólo por mantener un cierto interés por un trabajo que ya era demasiado tarde para cambiar. Estaba solo en la vida y nada lo estimuló a cambiar, y ahora era consciente de que era demasiado tarde. El crimen de la muerte lo había alcanzado.

A veces, cuando por la noche se iba a casa, si una habitación alquilada y con una ducha compartida podía llamarse casa, recordaba a algunos clientes: clientes casados que parecía que comían juntos sin interés y que observaban con cierta envidia a los que entraban si los recién llegados tenían de qué hablar entre ellos; evidentemente nuevos amantes que no prestaban atención a nadie más; alguna vez una joven recién casada —él siempre miraba la mano izquierda— con mirada de preocupación, acompañada por un hombre mucho mayor. Ella bajaba la voz o incluso dejaba de hablar cuando otros clientes ocupaban la mesa de al lado, y Arthur Burton deseaba haber podido dejar vacía para que se sintieran libres para solventar sus dificultades. Aquella noche, cuando llegó a casa, pensó en el señor y la señora Hogminster. Deseaba haber hablado más con ellos, sentía que podía confiar en ellos como extraños en la calle. Podía al menos haber insinuado el crimen que le separaba del director, el cocinero, los otros camareros, los friegaplatos; sólo insinuarlo. Por supuesto, no le gustaría que se entristecieran.

Al día siguiente llegaron con media hora de retraso sobre la hora de la reserva, y el director quería que diera la mesa a otros clientes que la habían pedido. "No vendrán", dijo el director, "y además hay otras tres mesas para elegir".

"Pero les gusta esta mesa", dijo Arthur Burton, "y prometí que la tendrían". Y añadió: "Son personas agradables". Posiblemente se hubiera visto obligado a ceder si no hubieran llegado en aquel momento.

—Oh, lo siento tanto, Arthur..., llegamos tan tarde... —Le emocionó que ella recordara su nombre—. Fue por las rebajas, Arthur. Nos liamos.

—*Ella* se lió —dijo el señor Hogminster.

—Oh, a ti te tocará mañana.

Arthur les dijo: "Hay restaurantes más cercanos a las tiendas de hombre. Puedo recomendarles uno cerca de Jermyn Street."

—Oh, pero el que adoramos es Chez Agustine.

—Chez Auguste —corrigió el señor Hogminster.

—Y Arthur elige tan bien..., no tenemos que pensar.

Un hombre con un secreto es un hombre muy solitario, y fue un descanso para Arthur Burton cuando pudo dejar entrever un resquicio, aunque sólo fuera una pequeña parte de su secreto. Dijo: "Lo siento, señora, pero mañana no estaré aquí. Pero estoy seguro de que el director..."

—¿No estará aquí? ¡Quelle désastre! ¿Por qué?

—Tengo que ir al hospital.

—Oh, Arthur, lo siento tanto. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Un chequeo, señora.

—Muy bien hecho —dijo el señor Hogminster—. Yo creo en los chequeos.

—Ya se ha hecho cuatro, ¿o son seis? —añadió la señora Hogminster.

—Creo que disfruta con ellos, pero a mí siempre me preocupan. ¿Por qué le hacen el chequeo?

—Ya lo han hecho. Ahora me tienen que dar el resultado.

—Oh, estoy segura de que todo irá bien, Arthur.

—Me alegra que lo hayan pasado bien aquí, señora.

—Así ha sido. Gracias a usted.

Arthur Burton dijo con sinceridad: "Siento tener que decirles adiós".

—Oh, no, aún no. Volveremos el jueves. Mañana seguiremos su consejo y comeremos cerca de las tiendas de hombre, pero volveremos pasado mañana a comer por última vez en Chez Augustine.

—Chez Auguste —la corrigió el señor Hogminster de nuevo, pero ella lo ignoró.

—Nos vamos a Nueva York el viernes, pero lo veremos el jueves con seguridad y escucharemos sus buenas noticias, Arthur. Estoy segura de que serán buenas noticias. Pensaré en usted y cruzaré los dedos; pero estoy segura, totalmente segura.

—Yo me hago un chequeo cada seis meses —dijo el señor Hogminster—. Siempre satisfactorio.

—¿Le gustaría tomar algo en especial el jueves, señora? Puedo pedírselo al cocinero...

—No, no. Tomaremos lo que usted nos recomiende. Hasta entonces, y buena suerte, Arthur.

Arthur Burton sabía que no le esperaba nada bueno. Lo supo incluso antes del chequeo, por las evasivas de su médico. Se preguntaba si un hombre en el banquillo podía saber el veredicto del jurado incluso antes de que se retiraran a deliberar en los tiempos en los que aún existía la pena de muerte: un efluvio de vergüenza por el veredicto que iban a dar. Sin embargo, sentía un cierto descanso porque por fin le había confesado en parte su crimen y ella no lo había rechazado. Si, como él creía, el veredicto era muerte, por mucho que lo envolvieran con una terminología médica de esperanza, ¿podría ser ella el extraño en la calle a quien confesárselo todo? Nunca se volverían a ver. Ella se iba a Nueva York el viernes. No tenían amigos comunes a quien ella pudiera contar la noticia de su crimen. Sintió por ella una ternura antigua.

Aquella noche Arthur Burton soñó con ella. No fue un sueño erótico, tampoco un sueño de amor; fue un sueño muy vulgar en el que ella desempeñaba un papel poco importante, y sin embargo se despertó con una sensación de reposo que no había conocido en muchos meses. Fue como si hubiera hablado con ella y de alguna forma le hubiera expresado una simpatía que le daba valor para enfrentarse a sus enemigos, que estaban a punto de desvelar la vergonzante verdad.

Se había tomado el día libre, aunque su cita con el cirujano no era hasta las cinco de la tarde, y al llegar le hicieron esperar casi una hora. El cirujano le pidió que se sentara en un tono de tan solemne simpatía que pudo adivinar con la suficiente exactitud el dictamen que siguió a continuación. "Hay que operar urgentemente... Sí, cáncer, pero no debe temer la palabra...; he conocido casos tan graves como el suyo. Si se cogen a tiempo siempre hay esperanzas."

—¿Cuándo quiere operar?

—Desearía que ingresara en el hospital mañana por la mañana y lo operaré al día siguiente.

—Si pudiera ingresar por la tarde... Verá, mañana por la mañana me esperan en el trabajo. —No pensaba en el trabajo, sino en la señora Hogminster. Ella estaría esperando sus noticias.

—Preferiría que pasara el día en cama tranquilo. Sin embargo iré a verle con el anestesista a las seis.

Aquella noche, tumbado en la cama, Arthur Burton pensó: los médicos y los cirujanos no son buenos psicólogos necesariamente; quizá como su interés está tan centrado en el cuerpo olvidan la mente, no se dan cuenta de lo revelador que es para el paciente el tono de voz. Dicen "siempre hay esperanzas", pero el paciente oye: "hay pocas esperanzas, si es que hay alguna".

No era que temiera a la muerte. Nadie podía evitar ese destino universal, y sin embargo la población del mundo no estaba dominada por el miedo. Lo único que Arthur Burton deseaba era compartir su secreto con un extraño que no se sintiera seriamente afectado, como ocurriría de compartirlo con la esposa o con un hijo (no los tenía), pero que pudiera compartir con él este secreto criminal con una palabra amable. "Estoy condenado." La señora Hogminster era esa mujer. Lo había visto en sus ojos. Al día siguiente encontraría la forma de comunicarle la verdad cuando preguntara por el resultado del chequeo, sin palabras que pudieran involucrar a su esposo en su crimen. Ella le preguntaría: "¿Qué dijo el médico, Arthur?". ¿Y su respuesta? No, ninguna palabra, un leve encogimiento de hombros sería suficiente para expresar: "¡Se acabó! Gracias por acordarse de mí", y la mirada que ella le devolviera le diría con la misma discreción que compartía su secreto.

No se dirigiría sólo al futuro.

—No era necesario que guardara aquella mesa —dijo el director.

—Aquellos americanos vinieron ayer y les encontré otra que les gustó mucho más.

—¿Vinieron ayer?

—Sí, parece que les gusta este sitio.

—Creí que iban a las rebajas de hombre.

—No sé nada de eso. Creo que habla demasiado con los clientes, Arthur. A veces desean estar solos.

Salió precipitadamente a recibir al señor y la señora Hogminster en la puerta. La señora Hogminster saludó con la cabeza y sonrió a Arthur mientras se dirigían a una pequeña mesa aislada en una esquina del restaurante. Desde allí no se veía la calle, pero quizá, como había sugerido el director, preferían la soledad, y quizá también preferían que les atendiera el director.

Sólo al final de la comida, después de pagar la cuenta, la señora Hogminster lo llamó cuando se dirigía a la cocina. "Arthur, venga un momento a charlar con nosotros."

Se acercó de buena gana, con el corazón alegre.

—Arthur, le echamos de menos, pero el director fue tan amable que no quisimos herirle en sus sentimientos.

—Espero que disfrutaran la comida, señora.

—Oh, siempre la disfrutamos en Chez Augustine.

—Chez Auguste —dijo el señor Hogminster.

—Estuvo muy acertado indicándonos Jermyn Street para las rebajas. Mi esposo compró dos pares de pijamas y, ¿puede creerlo? ¡tres, tres camisas!

—Las eligió ella, por supuesto —dijo el señor Hogminster.

Arthur Burton se excusó y se dirigió a la cocina. Lo que tanto había temido no había surgido, pero la idea no le daba un respiro a la angustia de su secreto. No iba a decirle nada al director: al día siguiente se limitaría a no ir a trabajar. El hospital les informaría a su debido tiempo de si estaba muerto o vivo.

Estuvo en el restaurante el menos tiempo posible, aunque le dolía ver a otro camarero atendiendo a los Hogminster e intercambiando palabras con ellos.

Media hora después el director entró en la cocina y le habló. Llevaba una carta en la mano. Dijo: "La señora Hogminster me ha pedido que le dé esto. Se han ido al aeropuerto".

Arthur Burton metió el sobre en el bolsillo. Sintió un descanso infinito. Por supuesto que la señora Hogminster había hecho lo adecuado. No podían hablar de su secreto en el restaurante y que lo oyeran otros. Ahora podía llevarse al hospital su compasiva pregunta sobre su secreto y leerla al día siguiente, justo antes de que llegara el anestesista. Ya no se sentía solo. Estaría sujetando la mano de un extraño en la calle. Ella nunca conocería la respuesta a su pregunta "¿qué le dijo el médico?". Pero lo había preguntado en la carta, y eso era lo que importaba.

Antes de apagar la luz de su cama de hospital abrió el sobre. Se sorprendió cuando lo primero que apareció fueron tres billetes de una libra.

La señora Hogminster había escrito: "Querido Arthur, me pareció que debía escribirle unas palabras de agradecimiento antes de coger nuestro avión. Hemos disfrutado mucho nuestras visitas a Chez Augustine y volveremos algún día. Y las rebajas; conseguimos unas gangas tan magníficas... Estuvo muy acertado respecto a Jermyn Street".

La carta estaba firmada Dolly Hogminster.

POLLINI

—¿Cuándo quiere operar?

—Desearía que ingresara en el hospital mañana por la mañana y lo operaré al día siguiente.

—Si pudiera ingresar por la tarde...Verá, mañana por la mañana me esperan en el trabajo. —No pensaba en el trabajo, sino en la señora Hogminster. Ella estaría esperando sus noticias.

—Preferiría que pasara el día en cama tranquilo. Sin embargo iré a verle con el anestesista a las seis.

Aquella noche, tumbado en la cama, Arthur Burton pensó: los médicos y los cirujanos no son buenos psicólogos necesariamente; quizá como su interés está tan centrado en el cuerpo olvidan la mente, no se dan cuenta de lo revelador que es para el paciente el tono de voz. Dicen "siempre hay esperanzas", pero el paciente oye: "hay pocas esperanzas, si es que hay alguna".



No era que temiera a la muerte. Nadie podía evitar ese destino universal, y sin embargo la población del mundo no estaba dominada por el miedo. Lo único que Arthur Burton deseaba era compartir su secreto con un extraño que no se sintiera seriamente afectado, como ocurriría de compartirlo con la esposa o con un hijo (no los tenía), pero que pudiera compartir con él este secreto criminal con una palabra amable. "Estoy condenado." La señora Hogminster era esa mujer. Lo había visto en sus ojos. Al día siguiente encontraría la forma de comunicarle la verdad cuando preguntara por el resultado del chequeo, sin palabras que pudieran involucrar a su esposo en su crimen. Ella le preguntaría: "¿Qué dijo el médico, Arthur?". ¿Y su respuesta? No, ninguna palabra, un leve encogimiento de hombros sería suficiente para expresar: "¡Se acabó! Gracias por acordarse de mí", y la mirada que ella le devolviera le diría con la misma discreción que compartía su secreto.

No se dirigiría sólo al futuro.

—No era necesario que guardara aquella mesa —dijo el director.

—Aquellos americanos vinieron ayer y les encontré otra que les gustó mucho más.

—¿Vinieron ayer?

—Sí, parece que les gusta este sitio.

—Creí que iban a las rebajas de hombre.

—No sé nada de eso. Creo que habla demasiado con los clientes, Arthur. A veces desean estar solos.

Salió precipitadamente a recibir al señor y la señora Hogminster en la puerta. La señora Hogminster saludó con la cabeza y sonrió a Arthur mientras se dirigían a una pequeña mesa aislada en una esquina del restaurante. Desde allí no se veía la calle, pero quizá, como había sugerido el director, preferían la soledad, y quizá también preferían que les atendiera el director.

Sólo al final de la comida, después de pagar la cuenta, la señora Hogminster lo llamó cuando se dirigía a la cocina. "Arthur, venga un momento a charlar con nosotros."

Se acercó de buena gana, con el corazón alegre.

—Arthur, le echamos de menos, pero el director fue tan amable que no quisimos herirle en sus sentimientos.

—Espero que disfrutaran la comida, señora.

—Oh, siempre la disfrutamos en Chez Augustine.

—Chez Auguste —dijo el señor Hogminster.

—Estuvo muy acertado indicándonos Jermyn Street para las rebajas. Mi esposo compró dos pares de pijamas y, ¿puede creerlo? ¡tres, tres camisas!

—Las eligió ella, por supuesto —dijo el señor Hogminster.

Arthur Burton se excusó y se dirigió a la cocina. Lo que tanto había temido no había surgido, pero la idea no le daba un respiro a la angustia de su secreto. No iba a decirle nada al director: al día siguiente se limitaría a no ir a trabajar. El hospital les informaría a su debido tiempo de si estaba muerto o vivo.

Estuvo en el restaurante el menos tiempo posible, aunque le dolía ver a otro camarero atendiendo a los Hogminster e intercambiando palabras con ellos.

Media hora después el director entró en la cocina y le habló. Llevaba una carta en la mano. Dijo: "La señora Hogminster me ha pedido que le dé esto. Se han ido al aeropuerto".

Arthur Burton metió el sobre en el bolsillo. Sintió un descanso infinito. Por supuesto que la señora Hogminster había hecho lo adecuado. No podían hablar de su secreto en el restaurante y que lo oyeran otros. Ahora podía llevarse al hospital su compasiva pregunta sobre su secreto y leerla al día siguiente, justo antes de que llegara el anestesista. Ya no se sentía solo. Estaría sujetando la mano de un extraño en la calle. Ella nunca conocería la respuesta a su pregunta "¿qué le dijo el médico?". Pero lo había preguntado en la carta, y eso era lo que importaba.

Antes de apagar la luz de su cama de hospital abrió el sobre. Se sorprendió cuando lo primero que apareció fueron tres billetes de una libra.

La señora Hogminster había escrito: "Querido Arthur, me pareció que debía escribirle unas palabras de agradecimiento antes de coger nuestro avión. Hemos disfrutado mucho nuestras visitas a Chez Augustine y volveremos algún día. Y las rebajas; conseguimos unas gangas tan magníficas... Estuvo muy acertado respecto a Jermyn Street".

La carta estaba firmada Dolly Hogminster.

DE LA VERDAD

MARIO LEVRERO

LA BANDA DEL CIEMPIES

11. Más incidentes internacionales



Smithe Andrews, el ex jefe de policía salido de la tumba, se debatió durante muchos días entre la vida y la muerte, bajo la permanente vigilancia de un grupo de enfermeras que, en realidad, eran policías femeninas muy adictas a él; ese grupo estaba capitaneado por Amanda Rosenthal, secretamente enamorada de Andrews, quien había colocado el pequeño taladro en el ataúd sospechando que el médico que firmó el certificado de defunción le había suministrado una droga cataléptica, tal vez por pertenecer a la Banda del Ciempiés o alguna otra organización criminal. Ahora, Amanda había logrado neutralizar a ese médico, en colaboración con una prostituta menor de edad que acusó al medico de estupro, con lo que se le mantuvo fuera de circulación mientras el ex jefe era atendido por personal competente y de entera confianza. En cuanto a la situación legal de Andrews, era tan compleja que las autoridades tuvieron pereza de ponerla en orden y reactivar el expediente; les resultaba más cómodo que Andrews siguiera no existiendo, y siempre cabía la posibilidad de que no saliera con vida del hospital. Su estado físico era lamentable; su robusta constitución le había permitido sobrevivir al entierro en vida, pero había quedado convertido en un ser esquelético, casi piel sobre huesos; los cabellos se le habían vuelto completamente blancos, y cuando salió del coma y abrió los ojos se pudo advertir rápidamente que su estado psíquico no era mejor que el físico.

Mientras tanto, el gobierno estaba muy preocupado con el asunto chino. El embajador norteamericano fue operado de las cuerdas vocales, para que no pudiera proferir el menor sonido capaz de activar la bomba atómica de su caja craneana, y por las dudas había sido sepultado en un refugio subterráneo donde pudiera explotar espontáneamente sin riesgo para los demás. Se cursó una enérgica nota de protesta al gobierno chino, la que en pocas horas fue devuelta por el embajador chino en USA acompañada de una nota irónica, casi burlona, en la que podía leerse entre líneas que el gobierno chino ponía en duda la virilidad del presidente norteamericano.

Estos acontecimientos, y otros, ligados directamente a la Banda del Ciempiés, eran seguidos de cerca por Jonathan Morris, el monje budista. Sus contactos secretos tanto con los chinos como con el bajo mundo le habían permitido realizar algunas notas exclusivas, que aumentaban el tiraje de los diarios y lo situaban cada vez más en una posición de privilegio en el ámbito periodístico; sin embargo, eludía la fama y prefería pasar desapercibido, firmando sus notas con distintos seudónimos, de modo que su prestigio se mantenía y crecía sólo dentro del limitado núcleo de jefes de redacción y propietarios de periódicos. Su forma de trabajo era muy particular; destinaba mucho tiempo a la meditación trascendental, fluctuaba anónimamente en multitud de ambientes disímiles, y sólo se sentaba a la máquina de escribir cuando estaba en condiciones de ofrecer una joya periodística.

Volvamos atrás en el tiempo: Carmody Trailler, como se recordará, se dirigía a una estación de servicio pues su coche se había quedado sin nafta. A mitad de camino fue invitado a subir a un automóvil que, al parecer, pasaba por allí casualmente; lo conducía un hombre de mediana edad y aspecto respetable, quien en un inglés londinense se compadeció del detective y le ofreció acercarlo a su destino. Carmody comenzaba a agradecer vivamente la amabilidad del desconocido, cuando notó que éste llevaba su mano izquierda a la nariz como para aspirar rapé; pero lo que hacía en realidad era introducir unos pequeños objetos en sus fosas nasales, y cuando la luz se hizo en el cerebro del detective ya era demasiado tarde. Carmody comprendió que esos objetos debían ser unos filtros especiales, pero ya el hombre había oprimido entre los dedos de la otra mano una cápsula de cristal que se rompió en multitud de fragmentos y dejó en libertad un poderoso gas narcótico. Carmody sintió que su mente se nublaba a tal velocidad que ni siquiera tuvo tiempo de proferir una exclamación. En el otro extremo de la ciudad, el enmascarado seguía aproximándose a la niña desnuda.

(Próximo episodio: "El rescate de la pequeña vendedora de violetas").

JUEGOS

ENIGMA LOGICO

Médico de señoras

La secretaria del médico de señoras recibió durante la última semana cinco llamadas telefónicas. Sus anotaciones fueron un poco rápidas y ahora ni ella misma las entiende. Sin embargo, en base a los datos que se ven aquí abajo, puede deducirse exactamente el nombre y apellido de cada paciente, el día y la hora en que llamó.

1. La llamada de las 9 hs. no fue de la Sra. Balenciaga ni de la Sra. Hernández.
2. La Sra. Hernández, que no se llama Julia ni Alicia, llamó el miércoles, pero no a las 10.30 hs.
3. Alicia llamó a las 14.15 hs. dos días antes de la llamada de la Sra. Soler, que se produjo a las 13.30 hs.
4. Cuando se produjo la llamada de Carola Estévez (que no fue el viernes) el reloj marcaba una hora y media más que cuando llamó Teresa.

(Para resolver el enigma use el diagrama haciendo una marca para los aciertos y otra para las imposibilidades.)

		APELLIDO					DIA					HORA				
		Balenciaga	Callan	Estévez	Hernández	Soler	Lunes	Martes	Miércoles	Jueves	Viernes	9 hs.	10:30 hs.	13:30 hs.	14:15 hs.	15 hs.
NOMBRE	Alicia															
	Carola															
	Herminia															
	Julia															
	Teresa															
HORA	9 hs.															
	10:30 hs.															
	13:30 hs.															
	14:15 hs.															
	15 hs.															
DIA	Lunes															
	Martes															
	Miércoles															
	Jueves															
	Viernes															

NOMBRE	APELLIDO	DIA	HORA

SOPA DE ACCION

Encontrar las palabras en la sopa, dispuestas horizontal, vertical o diagonalmente, en uno u otro sentido. En este caso busque las siguientes palabras:

ACTUAR
ATACAR
BAILAR
BRINCAR
COMPETIR
CONDUCIR
CORRER
ESCALAR
GALOPAR
GOLPEAR
HUIR
JUGAR
LUCHAR
NADAR
NAVEGAR
PATINAR
REMAR
SALTAR
TREPAR

K	L	U	C	H	A	R	L	U	E	M	S	F	J
R	A	N	I	T	A	P	K	F	N	A	J	L	S
V	R	B	N	C	T	D	R	A	L	A	C	S	E
Ñ	L	R	N	O	E	R	D	T	P	O	V	Q	R
M	A	I	P	M	A	A	A	H	N	I	K	A	P
Q	R	U	D	P	R	R	J	D	A	S	L	N	Q
B	C	H	O	E	J	R	U	B	R	I	R	Ñ	C
O	I	L	R	T	B	C	G	C	A	G	H	R	I
R	A	U	G	I	I	O	A	B	C	Q	A	A	O
G	A	M	E	R	L	R	R	T	A	U	M	G	G
S	S	P	E	P	F	R	R	A	T	O	B	E	Ñ
D	T	M	E	A	J	E	P	C	A	G	O	V	U
U	A	A	N	R	C	R	A	V	T	A	E	A	I
R	R	L	Ñ	K	T	N	F	B	D	O	H	N	H

SOLUCIONES

SOPA DE TABERNA

R	D	I	N	C	O	P	A	S	O	A	G	U	A
S	E	R	V	I	L	L	E	T	A	S	S	A	U
C	I	G	L	S	O	R	E	R	A	M	A	C	R
T	M	O	I	E	N	O	I	J	A	G	E	L	Z
A	A	D	C	S	J	D	S	O	H	C	N	I	P
L	R	U	O	T	T	A	B	U	R	E	T	E	S
P	E	E	R	A	D	R	A	E	N	M	L	N	A
E	F	L	E	N	O	T	A	J	A	A	D	T	L
J	R	A	S	T	N	S	I	D	M	A	M	E	L
A	E	U	T	E	T	O	P	P	O	R	I	S	E
R	S	L	A	R	J	M	A	N	A	R	R	E	T
R	C	U	B	I	E	R	T	O	S	A	A	C	O
A	O	O	L	A	A	O	B	E	R	B	N	A	B
S	S	O	B	S	A	J	E	D	N	A	B	R	D

ENIGMA LOGICO

137, 3.45, 0.15, Roberto
147, 3.00, 1.00, Ricardo.
157, 3.30, 0.30, Pedro.
167, 4.00, 0.00, Oscar.
177, 3.15, 0.45, Esteban